



ORACIONAL de la
Familia Mariannhill

Fascículo N.º 57

CAPÍTULO XV:
Beato Engelmar Hubert Unzeitig
Sacerdote Misionero de Mariannhill
y Mártir de la Caridad [VIII]

TESTIMONIOS SOBRE EL BEATO ENGELMAR [1]

[1] TESTIMONIO DEL P. JOHANNES M. LENZ

De este sacerdote, prisionero también en el Campo de Concentración de Dachau, contamos con dos testimonios sobre el Beato Engelmar.

El primero de ellos es una carta que escribió en enero de 1947, dirigida a Regina Unzeitig, hermana de sangre del P. Engelmar. Por aquel entonces Regina, ya religiosa misionera de la Preciosa Sangre o de Mariannahill, era conocida como la Hna. Adelhilde.

El P. Lenz, nacido en Austria en 1902, fue primero jesuita. Después de haber salido de la Compañía, permaneció siendo sacerdote secular. Desde los comienzos del Nacionalsocialismo de Hitler el P. Lenz fue un decidido opositor y así lo manifestaba en sus sermones. Fue arrestado en Viena el 5 de marzo de 1938 y se le dejó en libertad el 6 de mayo de 1940. Unos días después, el 18 de mayo, fue de nuevo arrestado.

El 9 de agosto de ese mismo año fue confinado en Dachau. Allí permaneció hasta el 29 de abril de 1945 en que los Aliados liberaron a los prisioneros de aquel Campo. El P. Lenz gozaba de una extraordinaria autoridad entre los sacerdotes de Dachau por su valentía, fortaleza y por su permanente disposición a ayudar. También él, al igual que lo hizo el P. Engelmar, se ofreció voluntario en enero de 1945 para cuidar de los enfermos de tifus en Dachau.

“Querida Hermana Adelhilde:

Con retraso me pongo a contestar su carta del 28 de octubre de 1946. Mientras tanto, obedeciendo una orden de mi superior, he sido trasladado al Valle de Enns en Steiermark, a fin de recuperarme durante algunos meses. Estoy de capellán en una casa de gente pobre. El P. Nikolaus Scheeb, su anterior director espiritual, me pidió en septiembre de 1945 un informe con carácter de urgencia. Quiero cumplir con estos justos requerimientos, mientras dure mi estancia aquí, en este lugar de recuperación.

Tiene usted razón cuando escribe: ‘Sé por sus cartas que usted, P. Lenz, trabajó codo con codo con mi hermano y fue también un buen amigo suyo’. En efecto, yo encontré en su hermano un colaborador, especialmente celoso

en atender todas las necesidades de la caridad. Era un colaborador desinteresado y callado; un alma verdaderamente sacerdotal, deseosa de sacrificarse. Le llamábamos 'nuestro celoso y humilde Hubert', que era su nombre de pila. Era la modestia encarnada. Pero se dejaba sentir cuando la verdad y las causas nobles lo requerían. Nunca se preocupó de sí mismo y nunca perdió la calma, incluso cuando con valentía defendía alguna verdad incómoda. Incluso en la crítica, no iba contra la caridad.

Sus familiares en casa y sus hermanos de Congregación no le olvidaban. Los paquetes que recibía eran una prueba fehaciente de la estima que le tenían. Aquellos paquetes no eran generalmente muy grandes, pero su contenido había sido escogido con mucho cariño. Y aquellos paquetes le ofrecían la oportunidad para hacer brillar la luz de su caridad, pero únicamente a los ojos de Dios. La mayoría de aquellos paquetes se los dio a otros de forma discreta, mientras él se conformaba con la ración que recibía en el Campo.

No solamente cuidó de las necesidades corporales de los que estaban a su cargo; cuidaba, sobre todo, de sus almas, dándoles las primicias de su amor sacerdotal. Ordenado el 6 de agosto de 1939, tuvo como primer destino la Vicaría de Glöckberg en los bosques de Bohemia. Era una zona peligrosa. El 21 de abril de 1941 fue arrestado, debido a lo que dijo en un sermón que predicó. Sin ser escuchado y sin ser juzgado, pronto fue trasladado de la prisión de Linz a Dachau.

Hubert era un sacerdote excelente. El cuidado pastoral de los pobres era su principal preocupación. La asistencia corporal era para él el requisito necesario y el fruto de su amor sacerdotal al prójimo. Con gozo oía las confesiones de sus pobres y, en medio de la miseria del campo, les consolaba con su talante callado y amable. Con celo se preocupaba también de que sus pobres tuvieran la oportunidad de recibir la Sagrada Comunión. Maravillaba ver cómo los pobres con gusto venían a él a buscar ayuda y consejo.

Los rusos en el Campo también pertenecían al círculo de sus preocupaciones. Al respecto el P. Duemig, compañero suyo de prisión, escribió: 'Con todas sus fuerzas intentó, pero sin éxito, conseguir una biblia en ruso del almacén del Campo... Un ingeniero ruso, al que nuestro buen P. Unzeitig ganó para la fe católica, fue recibido en la Iglesia en la Pascua de 1945, una vez fallecido el P. Engelmar'.

Hubert era un hombre que no huía de los sacrificios. Sin embargo, lo más precioso en él era su actitud sacerdotalmente sobrenatural. Su vida, sus sufrimientos y sacrificios, su manera de pensar y de dar, nacían de una actitud sacerdotalmente sobrenatural. A pesar de todo su celo externo, era un hombre silencioso y de oración, pasando desapercibido y camuflado en medio de la gran comunidad de sacerdotes de Dachau. Sólo después de su muerte fue cuando atrajo la atención de todos. Murió la muerte de un mártir por la libertad de la Iglesia, por la fe y como víctima de la caridad.

Voluntariamente aceptó el puesto de secretario en una brigada de trabajo en el Bloque 23. La muerte con toda su crueldad se hizo dueña de aquel Bloque, al ser de repente un Bloque afectado por el tifus. Debido a la falta de espacio, los miembros de la brigada –hombres sanos– se vieron forzados a quedarse a vivir en el Bloque infectado. El P. Engelmar, junto a su trabajo normal, encontraba tiempo para poder hacer su trabajo más sublime. 'El amor de Cristo' le impulsaba al trabajo sacerdotal. Moribundos y abandonados

esperaban a un sacerdote en los cuartos trasteros de sus barracones. Esta espera y anhelo encontraban una rápida respuesta en la conciencia sacerdotal del P. Engelmar. Él se acercaba y sacrificaba todo su tiempo libre por estos pobres compañeros de varias nacionalidades. No sólo les daba todo su tiempo y esfuerzo desinteresado, sino todo su amor sacerdotal. Éste era su propósito y meta, mientras la muerte iba cobrándose sus víctimas. La descarnada mano de la muerte también alcanzó a nuestro héroe sacerdotal. Este Bloque en Dachau, afectado por el tifus, no iba a ser sólo la 'segunda' sino la 'última' parroquia de este sacerdote y religioso. Él ha tenido que ser consciente de su propio peligro de muerte, cuando cuidaba infatigablemente del cuerpo y del alma de sus camaradas enfermos. Nada podía contener su amor. Los guardias de las SS, temerosamente preocupados de su propia vida, evitaban de cualquier forma entrar en el bloque afectado, centro de la epidemia en el Campo. Esto dejaba a los sacerdotes libertad para dedicarse, sin impedimento alguno y con su entero amor sacerdotal, a sus camaradas enfermos y moribundos y poder administrar los sacramentos sin ser interrumpidos. Allí nuestro compañero Hubert estaba en su salsa.

Pero yo no le pude observar en esta actividad en el Bloque afectado. Solamente después fue cuando vine a enterarme de unas cuantas cosas. Yo me encontraba en el Bloque adyacente, número 21, que también estaba afectado por el tifus. Un día, al mediodía, me llamaron a la ventana de la segunda habitación. Era Hubert, quien me llamaba y preguntaba por mí. Yo no recuerdo ahora lo que quería, pero se encontraba sereno a pesar de lo seriedad de la situación. La felicidad brotaba de su trabajo sacerdotal e irradiaba de su rostro noble y delicado. Algún día más tarde, sobre mediodía, me volvió a llamar de nuevo a la ventana; quería algo de óleo para sus moribundos. Había terminado con el suyo. Afortunadamente le pude dar algo; pero en esta ocasión el aspecto de su semblante me pareció alarmante. Sus ojos delataban una fiebre alta y sus mejillas santas mostraban con toda su crudeza marcados puntos rojos. Permaneció allí algo encorvado, apretando contra el cuerpo su delgada chaqueta de prisionero, porque estaba tiritando de fiebre. Todavía era invierno, sobre el 20 de febrero de 1945. Le dije que tuviera más cuidado, pero él sólo me ofreció como respuesta una amigable sonrisa. Infravaloraba completamente su serio estado y parecía no darse cuenta de que la muerte ya le había agarrado irrevocablemente. Todavía quería ayudar a muchos y muchos eran los que esperaban su ayuda. Él no se preocupaba de sí mismo. Y pasó lo inevitable: el P. Engelmar, acompañado por los ángeles, hizo su viaje a la eternidad.

Doy por hecho que tuvo tiempo de recibir la Santa Comunión. Desconozco si tuvo la oportunidad de recibir la Unción de los enfermos. Murió el 2 de marzo de 1945, mientras yo yacía inconsciente con fiebre alta, debido al tifus. Su fallecimiento se debió a un tifus intestinal, como pude averiguar tres semanas después de su muerte, mientras yo estaba convaleciente de mi enfermedad.

La noticia de su muerte me cogió enteramente por sorpresa. Me apenó profundamente, porque habíamos sido buenos amigos. 'Para salvar almas, de buena gana continuaría sufriendo exilio y cualquier otra cosa'. Éstas fueron palabras suyas, palabras de un sacerdote mártir, palabras del P. Engelmar, que reflejan su actitud sacerdotal en Dachau. Así, de esta forma tan

leal, fue como entregó su vida nuestro compañero sacerdote. Fue él uno de los muchos clérigos muertos en Dachau: 500 murieron de hambre y de malos tratos: 310 en la cámara de gas; más de 20 murieron debido a los experimentos en sus propios cuerpos; otros por epidemias. Trágico capítulo de la historia de la Iglesia.

Descansa en la paz de Dios, noble sacerdote, compañero de Dachau. Sé para nosotros un poderoso intercesor en el cielo, al igual que ayudaste a tantos mientras estuviste en la tierra. Alcánzanos la gracia de que también nosotros podamos llegar a la meta, la única meta digna de todo sacrificio, esfuerzo y sufrimiento: Dios en la gloria eterna.

Unterburg en Ennstal, enero de 1947. P. Johannes María Lenz”.

[2] TESTIMONIO DEL P. JOHANNES M. LENZ

El segundo de los testimonios del P. Lenz sobre el que ahora es el Beato Engelmar está tomado de su impresionante libro, que escribió después de haber sido liberado de Dachau y que lleva por título: Cristo en Dachau. En él relata sus experiencias personales en aquel infierno, donde, como víctima del régimen nazi, estuvo prisionero desde 1941 a 1945. En las páginas 251ss de la edición aparecida en Viena en 1960, El P. Lenz nos ofrece su testimonio acerca del P. Engelmar y de cómo se ofreció voluntario para trabajar en el barracón donde estaban confinados los enfermos de tifus. Éstas son sus palabras:

“Uno de los sacerdotes alemanes, que trabajó entre las víctimas del tifus en Dachau, fue el P. Engelmar Unzeitig, hombre al que nunca olvidaré por su trabajo totalmente desinteresado en el Campo al servicio de los demás. Había sido arrestado y enviado a Dachau sólo unos meses después de su nombramiento como vicario en una parroquia de los Sudetes. [Cordillera situada en el Noroeste de Bohemia, actual República Checa] Sus sermones no habían sido del agrado de los nazis.

El P. Engelmar trabajó incansablemente entre los más pobres y abandonados en Dachau. Se preocupó sobre todo de los prisioneros rusos y, por su ejemplo de caridad cristiana y por su enseñanza, consiguió entre ellos varias conversiones.

Comprendió que la mejor manera de ganar para Cristo esos casos difíciles era ponerse a trabajar junto a ellos en los trabajos diarios del Campo, por lo que se ofreció como voluntario para integrarse en uno de los escuadrones de mano de obra. Apenas pudo hacerse con las nuevas tareas que le aguardaban a él y a sus compañeros de trabajo, cuando todos ellos fueron obligados a mudarse al Bloque 23, bloque de aislamiento debido al tifus. El hacinamiento en el Campo había alcanzado tales proporciones que no había

otro alojamiento disponible. Las autoridades del Campo no tenían ningún reparo en asignar a estas cuadrillas de trabajo al bloque de aislamiento. Esta orden era tanto como una sentencia de muerte, cosa que sabían muy bien las autoridades del Campo. Así, en poco tiempo, el P. Engelmar se encontró a sí mismo atendiendo a las necesidades corporales y espirituales de muchos hombres contagiados por el tifus. Muchos de ellos murieron.

Sin tener contacto directo el uno con el otro, pues yo por entonces trabajaba en el bloque contiguo al del tifus y las complicadas regulaciones de la cuarentena impedían cualquier forma de comunicación, sin embargo una tarde oí un toque en mi ventana. Al mirar me encontré al P. Engelmar de pie. Había venido a buscar óleo de los enfermos, pues el suyo se le había terminado. Una simple ojeada a sus mejillas encendidas y a sus ojos me bastó para darme cuenta de que él ya estaba infectado de tifus. Pude comprobar cómo sus dientes castañetaban. Estrechó su fina chaqueta alrededor de sí, porque, debido a la fiebre, le sacudió un fuerte escalofrío. Le supliqué que se fuera a la cama. Él sólo movió la cabeza y me sonrió amablemente, diciéndome que todavía quedaba mucho por hacer. Al alargar la mano a través de la ventana para coger el recipiente donde echar el óleo de los enfermos, mis dedos tocaron su mano ardiendo. Fue ésta la última vez que vi a este heroico sacerdote, que literalmente murió sirviendo a los demás.

En cierta ocasión había declarado que mientras hubiera almas que salvar, había trabajo que hacer y que él soportaría con alegría por la causa de Cristo el estar prisionero y todo lo que ello conlleva”.

[3] TESTIMONIO DE GEORGE SCHELLING, PBRO

El siguiente testimonio sobre el P. Engelmar es una carta, escrita el 14 de febrero de 1956 en Nenzing [Vorarlberg/Austria] por el párroco George Schelling y dirigida al P. Thimoteus Kempf CMM. El sacerdote George Schelling sobrevivió a la tragedia de Dachau y fue compañero y testigo de primera mano del comportamiento heroico del P. Engelmar.

“Querido P. Timoteo: Veo que su carta, que me llegó hace ya tiempo y de manera indirecta, todavía no ha sido contestada. El P. Engelmar (Hubert) Unzeitig, con el número de prisionero 26.147, murió de fiebre tifoidea el 2 de marzo de 1945. Después de haber sobrevivido con éxito a los peores momentos de 1942, debido al hambre y a todo el terror, murió poco antes del fin y como consecuencia última de su vida en prisión. Quien no haya vivido los últimos meses de la vida del Campo de Concentración no puede imaginarse la miseria, debida al hambre, la falta de higiene, el fatal hacinamiento y el tifus.

Todavía recuerdo cómo se movía en silencio por el Campo el P. Unzeitig. Al hablar era lacónico y tenía cierta tendencia a estar solo. No recibía consejos con facilidad. Cuando el tifus empezó a hacer estragos en el Campo, los prisioneros comunistas dejaron de discutir sobre el privilegio de trabajar en la enfermería. De repente cualquiera que se ofrecía de manera volunta-

ría para trabajar con regularidad entre los pacientes afectados por el tifus era bienvenido. En aquellas circunstancias los sacerdotes prisioneros destacaron de forma señalada. Continuamente se ofrecían voluntarios de todas las nacionalidades, aunque todos sabían bien, que debido a las pocas prevenciones, la muerte era segura para el ochenta por ciento de los voluntarios. Los voluntarios tenían sólo una ventaja, que cuando ellos caían enfermos después de dos o tres semanas, iban a ser atendidos en una enfermería apropiada y no iban a morir como un número más en los barracones totalmente infectados.

En la medida en que me acuerdo, el P. Unzeitig presionó con fuerza para ser admitido como voluntario al servicio de los enfermos de tifus. Casi me parece recordar que lo consiguió con un truco, ya sea juntándose a una brigada de trabajo u ocupando un puesto entre el personal de las barracas. Tan grande era la confusión general en aquel tiempo, que no se cumplían con todas las ordenanzas y se olvidaban algunos detalles, especialmente en lo que hacía referencia a la suerte de los casi 1.500 clérigos, que por entonces allí había. Varios voluntarios lograron sobrevivir, como el P. Johannes Lenz o Hofmann de Praga, mientras que la mayoría perdieron sus vidas. Nuestras propias barracas permanecieron libres de contagio porque nos impusimos una estricta cuarentena. El sacerdote austríaco, que estaba encargado de la supervisión, fue, de hecho, casi el único de los que murió.

No puedo asegurar que las cenizas son las del P. Unzeitig. Es posible que su cuerpo fuera incinerado, pero por regla general los cadáveres por entonces eran enterrados en fosas comunes, dado que escaseaba el carbón. Es posible que alguno de los que morían en la enfermería fuera incinerado. Por entonces el número de los fallecimientos en el Campo era tan grande que nunca el crematorio hubiera tenido la capacidad necesaria para incinerar todos los cadáveres. En unas cuantas semanas desaparecieron barracones enteros. El hacinamiento era tan grande que en las últimas semanas una dependencia, pensada para 48 personas, llegaba a albergar hasta 500. Cada día llegaba más gente al Campo y con ello más miseria.

Varios son los libros que se han escrito sobre las condiciones de vida en el Campo y sobre la suerte de los sacerdotes allí internados. Todos ellos, sin embargo, ofrecen retazos de la vida en el Campo. El mejor libro, diría yo, es el del P. Johannes Lenz, actualmente párroco en Olleersbach en la franja oeste de la línea de ferrocarril en la Baja Austria y conocido por su libro sobre astronomía. Ofrece una buena visión general y gran riqueza de material, que fue recogido a costa de mucho dolor y sacrificio. El libro mismo ha tenido su propia historia trágica y únicamente estará listo para su publicación en un futuro cercano, si todo va bien. Parece que está ahora en la imprenta. Póngase en contacto con el P. Lenz. Si no logra conseguir el libro impreso, estoy seguro que le prestará el manuscrito. Quizá el P. Arthofer, párroco en Kronstorf, en la Alta Austria, le pueda dar alguna información sobre el P. Unzeitig. Quien también puede saber algo es el P. Sales Hess OSB, del Monasterio de Münsterschwarzach en la Diócesis de Würzburg. Cada uno de ellos, por cierto, ha escrito un libro sobre los sacerdotes en Dachau. En la medida en que yo sepa, el P. Johannes Lenz fue el que más trato personal tuvo con el P. Unzeitig. Debido a ello, él es quien puede recordar más. Yo, en verdad, traté con todos, pero estaba más al cargo del conjunto de los sacerdotes.

Con muchos saludos me despido de usted. George Schelling.



“Me siento muy confortado con aquel pensamiento de Santa Teresa, que reza: ‘Con las palabras podemos de hecho instruir a las almas, pero sólo mediante el sufrimiento las podremos salvar’”.

Beato Engelmar

[Carta desde el CC Dachau, 11 de enero de 1942]

FOTO: ARCHIVO CMM [ALEMANIA]